

Desde el silencio, **Francisco Proaño Arandi**

En junio de este año se publicó, bajo el sello de la editorial Alfaguara, una nueva novela del escritor ecuatoriano y embajador -actualmente en retiro- del Servicio Exterior, Francisco Proaño Arandi, quien, durante su carrera diplomática, ejerció diversas funciones, tanto en Cancillería, incluyendo la de viceministro de Relaciones Exteriores, como en el exterior. Entre sus obras literarias constan *Tratado del amor clandestino* (2008), *El sabor de la condena* (2010), *Del otro lado de las cosas* (1993), *Antiguas caras en el espejo* (1984), entre otras.

A continuación transcribimos un capítulo de su nueva obra, titulada *Desde el silencio* y que asume una trama de corte policiaco para desenmarañar aspectos ocultos del poder y de la condición humana:

Capítulo 2

Confieso que no fue de mi agrado asumir la investigación de los hechos acaecidos en el seno de la familia Altamirano. Y ello a pesar

de que la misión parecía bastante simple desde un principio. El arma hallada junto al occiso o, mejor dicho, en su mano y las evaluaciones practicadas abonaban la hipótesis del suicidio. Nada podía ser más sencillo. Sin embargo, me molestaban o turbaban, si quiero ser exacto, dos circunstancias: una, la de que el muerto era una figura relevante del régimen, lo que concitaría, sin duda, el interés de la opinión pública y las intromisiones, siempre inoportunas, de los reporteros; otra, el hecho de que yo ya conocía esa casa, lo que contraía, para mí, un extraño efecto: sentía que desde el pasado, algo en el acontecimiento o en la casa misma, oscuramente, me convocaba. El hecho de hallarme de guardia en la oficina de investigaciones aquella mañana, tanto como mis funciones de criminalista jefe, me obligaban a tomar, sin opción de delegar a nadie, la responsabilidad de las pesquisas, al menos de las iniciales, de esas que llaman de oficio. Incluso si no hubiese querido hacerme cargo del caso, ya previamente García, mi superior

inmediato, de común acuerdo con el fiscal subrogante, había dispuesto de un modo más bien imperativo que yo entrara en acción.

Mucho antes de ingresar a la Policía, en calidad de investigador, había trabajado como asistente del notario Aníbal Aizaga y, como tal, hube de visitar la casa de los Altamirano en días que percibí turbulentos. Mi cometido no era otro que el de verificar algunos detalles indispensables para la elaboración de la escritura de partición de bienes solicitada por quien, entonces, no había alcanzado aún la plaza de fiscal general de la República. En tales menesteres uno procede de manera mecánica, desapasionada, todo lo que mira es inocuo y solo sirve si ayuda a completar el informe. Y, sin embargo, de aquella rutinaria visita hay una impresión que persiste vívida: sobre una mesita italiana, de aquellas en forma de riñón, descansaban como al azar, superpuestos, los dos tomos de una edición en rústica y algo deteriorada de la *Antología de la moderna poesía ecuatoriana*, una publicación de los años cincuenta dedicada especialmente a los llamados poetas decapitados y que yo conocía y amaba y que, inexplicablemente, había desaparecido de la biblioteca, más bien magra, debo reconocerlo, de mi padre (iba a decir: “de la casa”, pero esta tampoco existe, y mi padre, viudo, habita un pequeño departamento en el norte de la urbe, donde yo suelo

visitarle los domingos, no siempre con la puntualidad debida).

Recuerdo haber levantado la vista, seguro de encontrar al lector o lectora que acababa de dejar, casi con displicencia, aquel tesoro poético. Pero no había nadie. Solo los muebles trabajados en preciosas maderas, los retratos de familia en sus marcos dorados y un gran gobelino en la pared del fondo parecieron advertir mi presencia, mi intrusión diríamos, en una suerte de impalpable movimiento que se me antojó sorprender y que entendí propio de ese instante infinitesimal que transcurre, absolutamente precario, entre el gesto de levantar tus ojos y el retorno de todo lo que te rodea a la quietud, a su inmovilidad de siglos.

Me pregunto por qué ese preciso detalle, tan insignificante, vuelve con tanta fuerza a mi memoria. ¿Entreví, quizás, al furtivo lector o lectora de esa poesía ya definitivamente superada y que, no obstante, perfecta en su forma, signada por la melancolía y la muerte, era todavía capaz de emocionarnos? ¿Lo presentí, lo intuí de alguna manera? ¿Se trataba de una mujer? O, simplemente, era el efecto de haber encontrado un signo tan vivo en una casa en la que, yo sabía, algo estaba por romperse: la decisión de dividir los bienes implicaba algún drama oculto, una disensión, una medida precautelatoria en relación con un destino imprevisible, algo que el cliente no está obligado a

confiar a nadie, menos al ayudante de un notario.

Dado que debía aguardar una llamada telefónica de mi jefe, salí al jardín y deambulé a la sombra de los arupos, y me acerqué al pabellón de dos pisos que formaba parte inconcusa de la propiedad. Hacia un lado, sentada en una banca de madera, junto a una pila de piedra, creí reconocer a la desconocida lectora. Al verme, se levantó y desapareció tras un macizo de geranios. Comprendí perfectamente que rehuyera todo contacto conmigo: yo era solo el mensajero o el ejecutor de lo que iba a suceder, no sé si en su contra o con su consentimiento. Al menos eso fue lo que imaginé. Lo que de alguna manera me hirió. La escena, tal vez por ello, ha pervivido en mí: aquellos árboles, el camino oscurecido por el tiempo y la mujer cuyo nombre no consigno todavía, levantándose para esfumarse como en un sueño.

No podía imaginar, entonces, que otra historia, mucho más aciaga, estaba gestándose en algún lugar de la realidad y que todos, inclusive yo, seríamos alcanzados por ella.